

**Testimonio de una hija:
“Mi padre vivió y murió por sus principios.”**

Por Maria C. Werlau

Armando Cañizares Gamboa, 28 años. Oriundo de Camagüey, Cuba. Desaparecido en combate, miembro de la Brigada 2506. Presuntamente muerto el 21 de abril de 1961 en Playa Girón, Cuba.



Mi padre, Armando Cañizares, había combatido en la Sierra Maestra a las órdenes del Che Guevara. Él y sus dos hermanos, Francisco y Julio, se unieron al Ejército Rebelde para ayudar a liberar a Cuba de la dictadura de Fulgencio Batista. Aunque sólo tenían poco más de 20 años de edad, su compromiso de restaurar la democracia y el Estado de derecho era muy profundo. Mi padre era especialmente anticomunista y así se lo dijo a Guevara en el curso de una conversación que sostuvieron en las montañas. Posteriormente, en sus memorias de la lucha contra Batista, el Che escribió que los hermanos Cañizares habían regresado “a luchar como traidores en la invasión.”¹

Los tres hermanos dejaron las montañas con un numeroso grupo de rebeldes que abandonaron la guerrilla en protesta por la manera en que se había tratado el asesinato a sangre fría de un joven miembro del Ejército Rebelde. Un oficial protegido del Che, Lalo Sardiñas, mató al joven recluta, de origen humilde, porque éste había desobedecido la orden a toda la tropa de tener siempre las botas puestas, incluso para dormir. Fidel y el Che habían intervenido para saltarse el reglamento del Ejército Rebelde y el crimen había quedado impune. Tras pasar varios meses escondidos en las montañas, mi padre, sus hermanos y un amigo lograron abandonar la isla y marchar al exilio, en Estados Unidos.

En La Habana, mi padre había conocido a mi madre. Ella militaba en el “26 de julio” y colaboraba en la lucha contra la dictadura de Batista en el marco del movimiento opositor clandestino de resistencia urbana. Mis padres se casaron en Miami el 17 de noviembre de 1958. En la madrugada del 1 de enero de 1959, Batista huyó del país y las fuerzas revolucionarias tomaron el poder. Mis padres regresaron a Cuba en uno de los primeros aviones que llegó a la isla, junto con los dirigentes del movimiento 26 de julio que estaban en el exilio. Mi madre, embarazada de varias semanas, me llevaba en su vientre. Mi padre asumió un alto cargo en el Instituto Cubano de Estabilización del Azúcar (ICEA), un organismo gubernamental de gran importancia económica. Pero mis padres pronto concibieron una gran preocupación por el giro de los acontecimientos y se sintieron especialmente horrorizados por los juicios sumarios y los fusilamientos que puso en marcha el nuevo gobierno de Fidel Castro.

¹ Ernesto Che Guevara, *Pasajes de la guerra revolucionaria* (Serie Popular Era), México: Ediciones Era, 1969, p. 147.

Al darse cuenta de que Castro no tenía intención alguna de restaurar la democracia, mi padre se incorporó a la oposición anticastrista clandestina, en cuyas filas pronto militaron numerosos ex combatientes de la lucha contra Batista. Poco tiempo después, un antiguo compañero de armas de la Sierra Maestra le informó a mi padre de que estaban preparando una causa para arrestarlo. En esa época, el gobierno fusilaba rápidamente a los conspiradores que detenía. De modo que en mayo de 1960 salimos del país precipitadamente y llegamos a Miami. Yo era apenas un bebé de ocho meses y mi madre tenía seis meses de embarazo, del que nacería mi hermano.



Mis padres el día de su boda, Nov. 1958

En el otoño de ese mismo año, Estados Unidos organizó y comenzó a entrenar secretamente a un grupo de exiliados cubanos con el propósito de invadir a Cuba y derrocar a Castro. Mi madre le rogó a mi padre que no se incorporara a esa fuerza. La familia tenía ahora dos bebés, acababa de llegar al exilio y disponía de muy pocos recursos. Pero mi padre insistió en que, habiendo ayudado a Castro a alcanzar el poder, tenía la obligación moral –hacia sus hijos y hacia Cuba- de contribuir a derrocarlo.

Mis tíos Julio y Francisco, y el marido de mi tía, José, también se incorporaron a la Brigada 2506. Cuatro esposas y siete niños pequeños quedaron en Estados Unidos, rezando y esperando. Mi padre partió hacia los campamentos de Guatemala el 18 de enero de 1961. Nunca volvimos a verlo. Por suerte, mis tíos sí regresaron.

La invasión se inició el 17 de abril de 1961. En Playa Girón, mi padre y su hermano Julio formaban parte de un reducido grupo que luchó intensamente y durante cuatro días evitaron que los capturaran. Consternados por la falta del apoyo aéreo prometido, largamente superados en número, los

invasores fueron machacados por los aviones de la fuerza aérea gubernamental que, supuestamente, debían de haber sido suprimidos. Convencidos de que la invasión había fracasado, los supervivientes trataron de romper el cerco de las fuerzas castristas y marchar a las montañas del Escambray, para unirse a las guerrillas que operaban allí. Fatigados y hambrientos, se quedaron dormidos. Un grupo de milicianos los descubrió, empezó a dispararles y se produjo un tiroteo. Mi padre y su amigo, Manuel Rionda, estaban malheridos por los disparos y las esquirlas de una granada. Los milicianos que los capturaron se negaron a prestarles atención médica y obligaron al resto del grupo a separarse de ellos. Nunca volvió a saberse nada de Manuel ni de mi padre.

Desde el inicio de la invasión, el gobierno emprendió una redada masiva de civiles. Mis abuelos, que vivían en Camagüey, fueron arrestados junto con miles de otros cubanos sospechosos de albergar sentimientos contrarrevolucionarios. Cuando por fin fueron puestos en libertad, mi abuela se enteró de que probablemente mi padre había muerto y de que mi tío estaba en prisión, y, destrozada por el dolor, sufrió infarto cardiaco. Por suerte, logró sobrevivir. La muerte de mi padre –real o supuesta- había ocurrido el día del cumpleaños de mi abuela.

Nuestros parientes que vivían en Cuba buscaron desesperadamente a Manuel y a mi padre. El gobierno cubano se negó a dar información alguna o a confirmar el fallecimiento de ambos hombres, pese a las reiteradas súplicas de sus familiares, e hizo caso omiso de las peticiones que se formularon por conducto de la Cruz Roja Internacional. A la madre de Manuel le estafaron una considerable suma de dinero, que era difícil de obtener en Cuba en esos días. La promesa de devolverle los cadáveres para que pudiera darles sepultura fue sólo una treta montada por un miliciano a fin de extorsionar a la afligida madre.

Mientras mi tío Julio estuvo en la cárcel con el resto de los brigadistas presos, los sufrimientos se acumularon para las familias de los prisioneros. Las visitas de los parientes que aún vivían en la isla fueron otras tantas ocasiones para que el gobierno de Castro los humillara y atropellara. Mi abuela nos contaría después que a las mujeres las desnudaban, las cacheaban de manera irrespetuosa y se burlaban de ellas. Entre las experiencias deplorables que presencié recordaba cómo una guardiana del penal tiraba por el aire la prótesis de seno de una señora mayor que había ido a visitar a su hijo.

Mientras tanto, en Miami, nuestras vidas continuaban en medio de una gran conmoción. Mi madre y mis abuelos, que apenas disponían de ingresos, tenían a su cargo a dos bebés y varios adolescentes traumatizados. Varios primos habían venido de Cuba sin sus padres, para escapar del comunismo, en el marco de un programa auspiciado por la Iglesia Católica y conocido como “Pedro Pan”. Muchas de las mejores amigas de mi madre atravesaban una situación similar, con los maridos en prisión, heridos o fallecidos, y niños pequeños. Muchos de esos hombres ni siquiera murieron en combate. Simplemente, los soldados del régimen les dieron caza cuando la munición se les había agotado o fueron asesinados en el momento mismo de la captura. Nueve miembros de la Brigada 2506 murieron asfixiados cuando sus verdugos hacinaron a un centenar de prisioneros en un camión-rastra herméticamente cerrado. Ese horno mortal sobre ruedas tardó ocho horas en llegar a La Habana, mientras los hombres gritaban desesperadamente pidiendo clemencia.



Varias semanas después de la invasión, mi madre fue a la consulta de un médico en Miami, buscando tratamiento para migraña, causada por el estrés. Allí vio un ejemplar de la revista *Life* que contenía un reportaje sobre la invasión. Hojeándola, encontró una foto que reconoció ser de su esposo, mi padre, al parecer muerto. Cuando años después mi tío fue liberado de la prisión y llegó a Miami, le confirmó que una bala le había arrancado a mi padre la placa de identificación y que él se la había atado a sus pantalones, tal como aparecía en la fotografía. Yo me enteré de la existencia de la foto cuando cumplí 17 años. Mi

madre se negó a enseñármela. Ni siquiera la guardaba en casa. Fui a la biblioteca de la universidad y la encontré, pero no se lo dije.

Años después, en 1981, recibí información de un hombre que vivía en Las Vegas y que insistía en que mi padre y su primo estaban vivos en una cárcel de Cuba. Me habló de los ojos color verde de mi padre, sabía que era oriundo de Camagüey y se refería a sus dos hermanos por sus nombres de pila. Esta noticia me produjo una gran conmoción y rápidamente traté de confirmarla. Como no quería que mi madre tuviera que pasar por nuevos trastornos

emocionales, les pedí ayuda a mis tíos. Tras indagar sobre el asunto, se enteraron de que ese hombre era probablemente un espía de Castro residente en Estados Unidos. Supusimos que su objetivo era aprovecharse de cualquiera, probablemente en cumplimiento de órdenes superiores. El cruel engaño no pudo llegar en peor momento; pocos meses antes, mi familia había sufrido una pérdida atroz: mi querido y único hermano, Armando Cañizares III, había muerto en un accidente de tráfico causado por un conductor ebrio. Mi madre no supo de este incidente hasta muchos años después.

Mi hermano sólo tenía 19 años cuando murió. Mi pena fue muy profunda en múltiples dimensiones, pero uno de los aspectos que más me afectó fue saber que él había sufrido más que yo por la carencia de un padre –y yo la había padecido mucho-. La pérdida de mi padre también marcó para siempre a mis abuelos y al resto de sus hermanos. En cuanto a mi madre, apenas alcanzo a hablar de cuánto le afectó, pues me resulta demasiado doloroso. Pero parientes menos cercanos y amigos también se apenaron mucho. En muchas ocasiones he visto cómo una pérdida así repercute en la vida de mucha gente; es como una piedra que cae en un lago y genera ondas concéntricas que van causando dolor a numerosas personas en distintos grados de intensidad, según su cercanía a la persona desaparecida. Esto se refleja en la labor que realizo en Archivo Cuba. Si bien la persona fallecida o desaparecida paga sin duda el precio más elevado, también hay muchas otras víctimas en diferentes niveles de sufrimiento.

Mis abuelos paternos lograron salir de Cuba y llegaron a Estados Unidos en 1965. La suerte de la isla estaba echada: un sistema basado en el odio y dirigido con un puño de hierro que parecía ya irreversible. Mis abuelos habían padecido la pérdida de un hijo, la separación de todos sus hijos y nietos, la derrota de los mejores empeños de liberar a Cuba en Girón y mediante la insurrección del Escambray. Habían perdido sus tierras, confiscadas por el Estado comunista, como casi toda la propiedad privada del país. Al no disponer de otro lugar donde vivir, tuvieron que permanecer en la casa de su antigua finca, afrontando humillaciones diarias y contemplando cómo los ineptos funcionarios del Estado destruían el trabajo de toda una vida.

Recuerdo nítidamente la llegada de mis abuelos al aeropuerto de Miami. Yo tenía entonces seis años de edad. Era un gran día, mi hermano, mis primos y yo estábamos muy emocionados, porque no los conocíamos. ¡Hasta dejamos de ir a clase ese día! Mi abuela tenía la reputación de ser una persona de carácter muy fuerte y la idea de estar en su presencia me infundía temor. Pero, desde el primer momento en que nos vimos, el vínculo emocional fue inmediato. Luego, a menudo me diría que mirarme era como estar viendo a mi padre. Mi abuela era una persona muy fuerte, pero cada vez que se mencionaba el nombre de mi padre, sus ojos se llenaban de lágrimas.

Sé que mi tío Julio, que desembarcó con mi padre en Girón, nunca superó el trauma de su muerte y del fracaso de los esfuerzos que ambos realizaron en pro de la libertad de Cuba... y ni siquiera lo ha superado hoy, después de tantos años. Los dos hermanos se adoraban y siempre estaban juntos. Uno de mis recuerdos más antiguos es el de mi tío sentado en el umbral de su casa de Miami, con una camisa a cuadros de mangas cortas, supongo que fue estaría recién salido de las prisiones cubanas. Nos miraba a su hija pequeña, a mi hermano y a mí mientras jugamos. Yo tendría entonces unos tres años de edad, pero fui capaz de comprender que él estaba muy, pero que muy triste. Mi otro tío, Francisco, murió en 2005. Tras el fracaso de la invasión, se había jugado la vida en reiteradas ocasiones como miembro de los equipos de infiltración organizados y financiados por el gobierno del presidente Kennedy para prestar apoyo a la resistencia dentro de la isla. Mi madre guardaba como un tesoro un hermoso caracol que le había traído de una de aquellas expediciones, recuerdo de su añorada Cuba.

Mis cuatro abuelos fallecieron hace ya algún tiempo, sin volver a ver de nuevo su patria. Mi abuela materna, que murió en 1998, tenía la personalidad más optimista que uno pueda

imaginar. Padebió en privado muchas penas, nunca se quejó de nada y fue una mujer alegre y divertida hasta el último día de sus 91 años. Sin embargo, sus últimas palabras antes de morir fueron de añoranza por la ciudad de Santiago de Cuba, donde había nacido, que no había vuelto a ver en los últimos 37 años: “Ah, las calles de Santiago...” En la mano sostenía apretadamente una estatua de plata en miniatura de la Virgen de la Caridad del Cobre, patrona de Cuba, una de las pocas cosas que había logrado sacar de la isla cuando marchó al exilio.

Mi tío, el único hermano de mi madre que fue como un padre para mí, tampoco volvió nunca a Cuba y por desgracia murió de cáncer, todavía joven, en 1999. Siempre hablábamos de Cuba. Era ingeniero, tenía un carácter muy noble y un gran amor por su patria. Entre sus muchos proyectos concibió un plan para reconstruir la infraestructura de la isla.

Mi madre nunca volvió a casarse. El amor mutuo que ella y mi padre se habían profesado fue muy intenso. Mi madre sentía un compromiso apasionado con la libertad de Cuba y trabajó incansablemente en asuntos relativos a los derechos humanos, como directora del grupo Madres Contra la Represión (MAR, por sus siglas en inglés) y el *Free Society Project*, para el cual ayudó a crear el proyecto Archivo Cuba. Mi madre murió de cáncer en julio de 2008. Fue una pérdida devastadora para mí, pero dejó un profundo amor que siempre está conmigo. Y su amor por la patria y la libertad, su empeño de promover la armonía y la justicia en el mundo, su honda fe religiosa y su estoicismo ante las dificultades y los sufrimientos son mi fuente de constante inspiración. Sin embargo, siempre me apena pensar en la frustración y la profunda tristeza que padebió durante casi toda su vida por la prolongación del totalitarismo en Cuba y el largo sufrimiento de su pueblo.

Todas estas magníficas personas, a las que tanto he querido, se marcharon de este mundo con la pesadumbre de no haber visto la libertad restaurada en su patria y no haber podido volver a verla. Su historia resume la de tantos cubanos que han padecido esta honda aflicción. Aun así, como solía decir mi madre, en más de un sentido nuestra familia tuvo la suerte de poder escapar de la isla y vivimos en libertad, mientras que los que han quedado allí deben pasarlo mucho peor. El peso de todo este dolor compartido se hace mayor porque esta larga pesadilla todavía no ha concluido.



La única foto que tengo con mi padre.

Creo que algún día Cuba será libre y el pueblo cubano logrará por fin forjar su destino en paz, con esperanza en el futuro. Mientras eso no ocurra, el sueño sigue vivo. Es nuestro deber hacerlo realidad.

—
Maria Werlau es Directora Ejecutiva y co-fundadora de Archivo Cuba.

Este artículo fue publicado originalmente en abril de 2006 y actualizado el 17 de abril de 2017.

www.ArchivoCuba.org

Se autoriza la reproducción y distribución de este material siempre que se cite su fuente.